

# Todo este tiempo

Laura E. Asturias

La Opinión (Guatemala), Año I, No. 272, 19-III-2007

Entre todos los temas que podemos escoger para comentar, raras veces hablamos de las personas que mejor nos conocen: nuestras hijas, nuestros hijos. Es extraño que ocurra tan pocas veces, porque lo cierto es que, al menos aquellas mujeres que somos madres (sea por decisión o imposición), invertimos casi toda nuestra vida en ello. Desde el momento en que sospechamos un embarazo, lo que se está gestando adentro pasa a ser parte de nuestra conciencia cotidiana, con alegría y expectación si fue deseado, o plagadas de angustia e incertidumbre si no lo fue.

A menudo algunas escribimos sobre varios impactos que la maternidad ha tenido en las mujeres y también las injusticias sociales vinculadas a ella, como la falta de apoyos reales a madres en situaciones de desventaja (siempre las más en nuestra sociedad); la ausencia, para muchas, de servicios de salud reproductiva cercanos (o incluso lejanos) a su hogar; la hipócrita condena a aquéllas que decidieron interrumpir un embarazo porque, si ya no podían costear la manutención de cinco hijos (de los cuales, según las estadísticas, quizás dos no fueron deseados), menos aún podrán enfrentar la vida con seis o nueve.

Escribimos mucho sobre los asesinatos de mujeres que, en vez de disminuir, aumentan en Guatemala porque a las autoridades les importa un comino si mueren diez o tres mil de manera violenta, como tampoco les importa que se pierdan las vidas de cincuenta o cinco mil hombres. Para los funcionarios, sencillamente es gente desechable. Mientras no sea su hijo o hija, no hay problema. Y les tienen muy sin cuidado los cientos de muertes de mujeres por causas relacionadas al embarazo, algo que también denunciarnos con frecuencia.

Pocas, sin embargo, hablamos de lo que hijas e hijos han representado en nuestras vidas a nivel íntimo. Marzo es, para mí, un mes muy importante. Por un lado están todas la conmemoraciones alusivas al Día Internacional de las Mujeres, siempre recordándome el largo camino que aún debemos transitar para lograr la igualdad plena de nuestro género y la justicia económica en una sociedad que a cada paso nos mete zancadilla.

Marzo es también el mes en que celebro la vida de mi hija e hijo, que nacieron el 19 y 18 de marzo hace 26 y 22 años respectivamente.

Vuelvo a lo dicho: son las personas que mejor me conocen. Aún recuerdo la manera en que sus ojitos observaban cada uno de mis movimientos cuando yo iba de un lado a otro en una habitación; cómo emitían sonidos de angustia al verme desaparecer por la puerta y luego la sonrisa de alivio al tenerme de vuelta en su esfera visual; la forma intensa en que miraban cómo pelaba vegetales o hacía alguna otra tarea en la casa.

Por eso casi me da risa escuchar gente que parece engañarse pensando que sus hijas e hijos no son capaces de ver los motivos reales que su madre o padre tiene cuando les

dice algo que no concuerda del todo con ese conocimiento profundo que traen desde su temprana infancia, o cuando niega haber hecho algo en el pasado. Esa gente quizás cree que todo pasó al olvido, que sus pequeños no recordarán en la vida adulta las miradas de enojo, los dolorosos pellizcos cuando hicieron algo que abochornaba a sus progenitores, las nalgadas y otras violencias.

Aunque sé que cometí errores mientras criaba a mi hija e hijo, siempre he dicho que la maternidad me ha resultado bastante fácil, y es cierto. Quizás porque desde muy temprano en sus vidas no hubo otro adulto con quien “pelear” por la forma en que yo quería criarles. Para mí era muy claro que en mi hogar debía haber democracia y así fue. Me interesaba que ella y él tuvieran un amplio ámbito de acción y decisión que les hiciera posible percibir, poco a poco, lo que les esperaba en el mundo, las cosas que podían hacer, lo que sus derechos básicos les permitían. Y como no tenían en casa “con quién quejarse” si yo de alguna manera les vulneraba, siempre les pedí que se sintieran libres de discutir los problemas hogareños con otras personas en quienes confiaran. También les expuse intencionalmente a una buena parte de la diversidad humana: gente con mayores desventajas, gays y lesbianas, personas que debatían entre sí y defendían sus divergentes posturas, sin por eso dejar de quererse...

Uno de los aspectos de crianza en los que invertí más esfuerzos fue la educación sexual, por haber yo misma (como tanta gente antes y ahora) carecido de una que fuera adecuada y siendo consciente de la importancia que tiene para cualquier persona. Empecé por informarles que yo era una mujer sana y sexualmente activa. No quería que me mitificaran viéndome como una madre abnegada y asexual que estaba ahí sólo para atender sus necesidades. Mi hija e hijo debían saber que la suya era una mujer de carne y hueso, madre por elección y resuelta a ejercer sus plenos derechos. Y que ella y él tenían exactamente los mismos derechos que yo. Les hablé abiertamente sobre la sexualidad y los anticonceptivos (desde la abstinencia hasta los métodos modernos), como también de la importancia del respeto mutuo en las relaciones sexuales.

Podría escribir un sinfín de páginas sobre los resultados de todo ello. Resumo diciendo que hoy siento que convivo con dos personas adultas que saben tomar sus mejores y propias decisiones y con quienes es fácil vivir. Por supuesto, no me adjudico todo el crédito de esto porque también hubo otras influencias que han marcado significativamente sus vidas y han sido más fuentes de aprendizaje.

En lo personal ha sido una feliz travesía. Sé que un día no estarán a mi lado. Cuando ese momento llegue, confiaré en que seguirán siendo como hasta hoy: personas dueñas de sus vidas, amorosas, respetuosas de los derechos de otras y sensibles a la situación de quienes no tuvieron una suerte similar a la suya.

Este marzo celebro de nuevo a quienes me han acompañado durante tantos años. Es un momento para agradecerles a mi hija e hijo todas las bendiciones que han traído a mi vida, porque aunque habrán asimilado una buena parte de lo que quise enseñarles, indudablemente es mucho más lo que yo he aprendido de ella y él por el privilegio de ser su madre.